***Jesús Te Enseña Con Parábolas[[1]](#footnote-1)***

¿Cómo se practica la justicia? ¿Cómo se conquista la victoria? Con palabras y acciones honestas, amando al prójimo. Reconociendo que Dios es Dios; y no poniendo los ídolos de las criaturas, del dinero, del poder junto al Dios Santísimo. Dar a cada uno el lugar que le corresponde sin tratar de darle mas o menos de lo que se debe. El que honra a alguien porque es amigo suyo o pariente aun en las obras que son buenas, no es justo. El que por el contrario causa daño a su prójimo porque no puede esperar nada de él y jura contra él, se deja comprar con regalos para atestiguar contra el inocente, o para dar su sentencia con parcialidad, no según justicia, sino según cálculos de lo que puede recibir del que en el tribunal es el mas poderoso, no es justo y vanas son sus oraciones, vanas sus ofertas, porque están manchados con injusticia ante los ojos de Dios.

Comprendéis que lo que estoy diciendo se encierra dentro de los mandamientos, porque el bien, la justicia, la gloria consiste en cumplir con lo que el Decálogo enseña y ordena hacer. No hay otra doctrina. La que se dio entre los relámpagos del Sinaí, y la que se da ahora entre los resplandores de la Misericordia; pero la doctrina es la misma, y no cambia, y no puede cambiar. En Israel por excusa dirán muchos, para justificar el que no sean santos, aun después de que el Salvador haya pasado sobre la tierra: “No tuve tiempo ni de seguirlo ni de escucharlo”. Pero su excusa no tiene ningún valor, porque el Salvador no vino a introducir una nueva Ley, sino a confirmar de nuevo, la *primera*, la *única* Ley; a reconfirmarla en su santa claridad, en su perfecta sencillez; a reconfirmarla con el amor y con las promesas de un amor de Dios lo que antes entró en medio del rigor por una parte, y que se escuchó por la otra con temor.

Para haceros comprender lo que son lo diez Mandamientos y la importancia que hay en seguirlos, os propongo esta parábola:

«Un padre de familia tenía dos hijos. A ambos los amaba, a ambos los cuidaba. Este padre tenía como posesión, además del lugar donde vivía, otras donde había grandes tesoros escondidos. Los hijos habían oído hablar de ellos, pero no conocían el camino, por que el padre por motivos propios, no se los había revelado, y esto por muchos y muchos años. Pero en un cierto momento, llamo a sus hijos y les dijo: “Está bien ya que sepáis dónde están los tesoros que vuestro padre apartó para vosotros, para que podáis llegar a ellos, cuando os lo diga. Entre tanto conoced el camino y las señales que puse en él, para que no os extraviéis. Oídme, pues. Los tesoros no están en alguna llanura donde se estancan las aguas, donde arde el sol, donde hay polvo, donde pinchan las espinas y los cardos, y donde fácilmente pueden acercarse los ladrones para robarlos. Los tesoros están encima de aquel monte alto y escabroso. Los puse allí. En la cima. Y allí os aguardarán. El monte tiene muchos senderos, pero uno sólo es el bueno. Algunos de ellos llevan a precipicios, otros a cuevas sin salida, otros a fosas de agua pútrida, algunos a nidos de víboras, otros a pozos de azufre encendido, otros contra murallas insuperables. El sendero bueno es duro de recorrerse, pero llega a la cima sin tener que pasar por precipicios u otros obstáculos. Para que lo podáis reconocer, he puesto a lo largo de él y a distancias regulares diez monumentos de piedra sobre los que hay estas palabras esculpidas: ‘AMOR, OBEDIENCIA, VICTORIA’. Siguiendo este sendero llegaréis al lugar del tesoro. Yo, por otro camino, que soy solo en conocerlo, iré y os abriré la puerta para que seáis felices”.

Los dos hijos se despidieron de su padre. Mientras pudo ser oído, repitiendo: “seguid el sendero que os dije. Es por vuestro bien. No os dejéis atraer de los otros, aunque os parezcan mejores. Perderíais el tesoro y con él a mí”.

Ved pues que han llegado a las faldas del monte. El primer monumento estaba allí, exactamente donde empezaba el sendero que estaba en el centro de una multitud de senderos que subían a la conquista del monte en todos lo sentidos. Los dos hermanos empezaron la ascensión por el sendero bueno. Al principio era fácil, aunque no tenía nade de sombra. De lo alto del cielo el sol caía perpendicular inundando todo de luz y de calor. Lo que los hermanos veían y sentían no era más que la roca blanquecina, el cielo azul, y el calor terrible que les quemaba el cuerpo. Pero todavía animados de buena voluntad, del recuerdo de su padre y de sus recomendaciones, ascendían alegres hacia la cima. He aquí que ven el segundo momento y luego el tercero. El sendero se hace cada vez más áspero, solitario, abrasador. Ni siquiera se ven los otros senderos en que hay hierba, plantas y agua fresca, ni siquiera una subida más fácil, que no estuviese hecha sobre la viva roca.

“Nuestro padre nos quiere matar” dijo uno de los dos al llegar al cuarto monumento, y empezó a aflojar el paso. El otro lo animó a proseguir diciendo: “El nos ama como a sí mismo, y mucho más porque de una manera tan previsora nos conservó el tesoro. Este sendero excavado sobre la roca que sin extravío llega a la cima, él mismo lo hizo. Estos monumentos los hizo para guía nuestra. Piensa, hermano mío. El solo, llevado de su amor hizo todo, para darnos el tesoro, para hacer que llegásemos a él sin perdernos, sin peligro”.

Siguieron caminando. Con todo, los senderos que dejaron en la falda del monte, de vez en vez se acercaban al de la roca, y mucho más cuanto más se acercaban a la cima del monte, que se hacía cada vez estrecho en su forma cónica. ¡Que bellos eran! Llenos de sombra. Convidaban a uno...

“Como se siente ganas de tomar uno de esos” dice el que ya antes se sentía vacilar, cuando llegaron al sexto monumento. “Ese también lleva ala cima”.

“No puedes asegurarlo... No ves si sube o si baja...”

“Míralo allá arriba”.

“No sabes si es él. Además nuestro padre dijo que no dejásemos este sendero...”

De mala gana continua el otro tirando para arriba.

Ved ahí el séptimo monumento: “ ¡Oh, en realidad que no puedo! Me voy”

“!No lo hagas, hermano!”.

El sendero en realidad era extremadamente difícil, pero la cima estaba ya cerca...

Se acercan al octavo monumento y cerca de él, casi tocándolo, está un sendero lleno de flores.

“!Oh, mira! Que este va allá arriba en línea recta”.

“No sabes si es él”.

“Sí. Lo puedo distinguir”.

“Te engañas”.

“No me engaño. Voy por él”.

“No lo hagas. Piensa en nuestro papá, en los peligros, en el tesoro”.

“Que se pierda todo. ¿Para qué sirve el tesoro si llego medio muerto a la cima? ¿Qué otro peligro mayor que el de este camino? ¿Qué falta de amor más grande pudo tener nuestro padre que se burló de nosotros con esta vereda para hacernos morir? Adiós. Llegaré antes que tú, y vivo...” y se metió en el camino contiguo, desapareciendo con un grito de alegría detrás de los troncos que arrojaban sombra.

El otro continuó lleno de tristeza... ¡Oh, el sendero en su última parte verdaderamente que era pesado! El caminante no podía más. Se sentía como ebrio de fatiga, de calor. En el noveno monumento se detuvo anhelante, apoyándose contra la roca excavada y leyó instintivamente las palabras esculpidas. Cerca había un sendero sombreado, con agua, con flores... “Casi, casi... ¡Pero no, no! Allí hay algo escrito, algo que escribió mi padre: ‘AMOR, OBEDIENCIA, VICTORIA’. Debo creer: en su amor, en su verdad, y debo obedecer para demostrar mi amor... En marcha... El amor me sostendrá...” El décimo monumento está ya a la mano... El viajero agotado, quemado del sol, seguía caminado agachado como si llevase un yugo... Era el amoroso y santo yugo de la fidelidad que es amor, obediencia, fortaleza, esperanza, justicia, prudencia, que es todo... en vez de apoyarse, se echó bajo la poca sombra que proyectaba el monumento. Se sentía morirse... Del sendero contiguo se oía un rumor de pájaros y olor a bosque... “Padre, padre, ayúdame con tu espíritu en la tentación... ayúdame a ser feliz hasta el fin”.

De lejos, le llegó la voz del hermano llena de alegría: “Ven, te espero, Aquí es un edén... Ven...”.

“¿Si fuese?... y gritando con todas sus fuerzas: ¿Sube de verás a la cima?”.

“Sí, ven. Hay una galería fresca que lleva allá. Ven. Estoy viendo la cima, que está al otro lado de la galería...”

“¿Voy? ¿No voy?... ¿Quién me ayudará?... Voy...” Se apoyó sobre las manos para levantarse y mientras lo hacía notó que las palabras esculpidas no eran tan claras como las que se veían en el primer monumento: “En cada monumento las letras eran menos claras... como si mi padre ya agotado, las hubiese esculpido fatigosamente. Y... Mira... también aquí se ve la misma señal roja que se vio ya desde el monumento quinto... Sólo que aquí está en el hueco de cada palabra y se escurrió hacia fuera, pintando la roca como con lágrimas llenas de sudor, como... de sangre...” Raspó con el dedo donde había una mancha grande, como de dos palmos. La mancha desapareció y dejó al descubierto estas palabras todavía frescas: “Así os llegué a amar, hasta derramar mí sangre para conduciros al tesoro”.

“!Oh, oh, padre mío! ¿E iba yo a tener la osadía de no obedecer tus órdenes? Perdóname, padre. Perdóname”. El hijo se echó a llorar contra la piedra, y la sangre que había sobre las palabras se rehizo fresca, resplandeciente como un rubí, y las lágrimas se convirtieron para el hijo en bebida y en alimento y en fuerza... Se levantó... por amor llamó a su hermano con voz fuerte, con voz muy fuerte... Quería decirle lo que había descubierto... el amor de su padre, decirle: “ Regresa”. Nadie respondió...

El joven emprendió de nuevo la marcha, casi arrastrándose sobre la dura piedra, porque estaba completamente fatigado, aunque su corazón gozaba de tranquilidad. Y pronto ve la cima... Y allí a su padre.

“!Padre mío!”.

“!Hijo amado!”.

El joven se echó a los brazos de su padre, que lo acogió cubriéndolo de besos.

“¿Vienes solo?”

“Sí... pero pronto llegará mi hermano...”

“No. No llegará jamás. Dejó el camino de los diez monumentos. No quiso regresar después de los primeros desengaños que le amonestaban. ¿Quieres verlo? Míralo allá. En el horno de fuego... Fue terco en su culpa. Le hubiera perdonado y esperado si, después de haber reconocido su error, hubiese vuelto sobre sus pasos, y aunque con retardo, hubiese pasado por donde derrame hasta mi sangre, para mostraros mi amor”.

“El no lo sabía...”

“Si hubiese mirado con amor las palabras excavadas en los diez monumentos hubiera leído su verdadero significado. Tú lo leíste desde el quinto monumento y se lo hiciste notar diciendo: ‘¡Papá tal vez aquí sufrió una herida!’ y lo leíste en el sexto, en el séptimo, en el octavo, en el noveno... cada vez más claro, hasta que tuviste la curiosidad de ver lo que había bajo mi sangre. ¿Sabes el nombre de esa curiosidad, de ese instinto? ‘Tu verdadera unión conmigo’. Las fibras de tu corazón, fundidas en las mías, tuvieron un vuelco, te dijeron: ‘Aquí tienes la medida del amor de tu padre’ Ahora toma posesión del tesoro y de mí mismo; tú que fuiste amoroso, obediente, serás victorioso para siempre”.»

Esta es la parábola.

Los diez monumentos son los diez mandamientos. Vuestro Dios los esculpió y puso en el sendero que lleva al tesoro eterno, y ha sufrido por llevaros a aquel sendero. ¿Sufrís vosotros? También Dios. ¿Debéis haceros fuerza a vosotros mismos? También Dios.

¿Sabéis hasta qué punto? Sufriendo al separarse de Sí mismo y de esforzarse en saber lo que es el hombre con todas sus miserias que el ser humano trae consigo: nacer, tener frío, hambre, cansancio; padecer ironías, insultos, odios, asechanzas y hasta la muerte, derramando toda su sangre para daros el tesoro. Esto sufre Dios que ha bajado para salvaros. Esto sufre Dios en lo alto del cielo, permitiéndose a Sí mismo poder sufrir.

En verdad os digo que ningún hombre, por más difícil que sea su sendero que lo lleve al cielo, caminara jamás por una vereda más fatigosa y llena de dolor como la que va caminando el Hijo del Hombre para venir del cielo a la tierra, y de la tierra al sacrificio y así abriros las puertas del tesoro.

En las tablas de la ley esta ya mi sangre. En el camino que os trazo esta mi sangre. La puerta del tesoro se abre bajo al onda de mi sangre. Vuestra alma se hace pura y fuerte al verse lavada y alimentada con mi sangre. Vosotros, para que no en vano se haya derramado, debéis caminar por el sendero inmutable de los diez mandamientos.

C:\Archivos de programa\Microsoft Office\Clipart\Pub60Cor\AN01251_.wmf

# ***El Decálogo[[2]](#footnote-2)***

1. ***AMAR AL SEÑOR MI DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS***. ***No*** tendrás otros dioses aparte de mí. ***SI*** al Dios de la vida. ***NO*** a los dioses, a los ídolos falsos; dinero, poder, televisión, el prestigio, el placer, el tener, el saber, la droga, los adivinos y brujos, a los horóscopos, juego sin medida, el alcohol. El Señor trata con amor por mil generaciones a los que aman y cumplen sus mandamientos.
2. NO EMPLEAR EL SANTO NOMBRE DE DIOS EN VANO. SI al Dios de la vida que es nuestro Padre. NO jurar su santo nombre en vano, no utilizar el Santo Nombre de Dios para encubrir, mentir o realizar el mal, para mantener las injusticias, la miseria, la opresión. NO poner de testigo a Dios para las cosas falsas.
3. SANTIFICAR EL DIA DEL SEÑOR. SI al descanso, a la fiesta, al encuentro con la Palabra de Dios, a la celebración Eucarística, a la fraternidad y la justicia, a la Vida. NO a hacernos esclavos del trabajo, la diversión y al placer, ni a la explotación o al aprovecharnos de los demás. SI al cultivo de la fe en familia, en comunidad.
4. HONRAR A MI PADRE Y A MI MADRE, SI al amor, al respeto, al agradecimiento, al apoyo a los padres. A la defensa de la vida familiar y comunitaria. NO al desprecio, odio, maltrato, olvido, descuido de quienes se preocupan por nuestro bienestar.
5. NO MATAR. NO a todo lo que destruya la vida y la naturaleza: la falta de alimento, vivienda, trabajo, educación, la vida digna, la violencia, que impide hacer realidad el proyecto de Dios. NO al hacerle mal a alguien o a hacerse mal a si mismo. NO al aborto, la drogadicción, la bebida, la violencia, el odio, el rencor, la mediocridad, la opresión. SI a la vida en todas sus manifestaciones ya que es el gran don de Dios.
6. NO FORNICAR SI a tener relaciones sexuales solo en el matrimonio, al respeto de la imagen de Dios que es todo hombre y toda mujer, al respeto del cuerpo que es el templo sagrado de Dios, a la relación entre el hombre y la mujer en la libertad, la igualdad, el respeto como pide el proyecto de Dios. SI al Matrimonio legitimo con la bendición de Dios. NO a la manipulación, a jugar con los sentimientos de los demás, al engaño, al machismo o feminismo, al mal uso de nuestro cuerpo, a tener deseos y actos inmorales (masturbación, homosexualidad, etc. ), al adulterio (Relaciones sexuales fuera del matrimonio), NO a la unión libre o concubinato. SI al perdón por encima de los pretextos o justificaciones
7. NO ROBAR SI al derecho a tener los bienes necesarios para vivir dignamente y al respeto de los bienes ajenos. Al compartir lo que se es y lo que se tiene. NO a la ambición, a la envidia, al individualismo, a tomar como propio lo que es de otros.
8. NO LEVANTAR FALSOS TESTIMONIOS CONTRA MI PRÓJIMO. (Calumnia, chisme, mentira en contra del prójimo). NO a la mentira, al engaño, al fraude. SI a la verdad para ser libres.
9. NO DESEAR LA MUJER DE MI PROJIMO SI al amor como fuente de libertad y de vida, a la igualdad y el respeto entre hombres y mujeres. NO a la infidelidad en el amor, al divorcio, a la unión libre.
10. NO CODICIAR LOS BIENES AJENOS. NO a la ambición, la codicia por acumular, a la sociedad de consumo, a la ganancia material como finalidad de la vida (materialismo). Ni a envidiar ni las cosas de los demás, ni sus progresos. SI a la solidaridad, al compartir, a los esfuerzos por conseguir lo que se necesita para vivir dignamente, a la alegría por lo que se tiene, a la vida sencilla y austera

1. MARIA VALTORTA, tomado de los libros Poema al Hombre Dios. [↑](#footnote-ref-1)
2. Éxodo 20:1-17 [↑](#footnote-ref-2)